

## ¿Tiene Sentido Todavía Hablar de Identidad Sexual?

Quisiera empezar por reconocer que hay un pensamiento que, aparte de deprimirme, me hace sentir desalentado y pesimista, un pensamiento que en ocasiones me quita el sueño, y es que a veces tengo que decirme a mí mismo que hay fuertes razones para pensar que el sistema capitalista es perversamente invencible. Digo ‘perversamente’ porque cada vez que surgen formas de organización social, productiva, política y cultural diferentes y que históricamente representan o constituyen no sólo alternativas viables sino genuino progreso, el sistema capitalista o las destruye o las absorbe o se adapta a ellas, pero él sigue manteniendo su vigencia. Del socialismo real, por ejemplo, no quedan más que vagos recuerdos; China es un estupendo ejemplo de cómo el capitalismo se reintroduce en un sistema y un modo de vida diseñados originalmente para sustituirlo, cómo termina adaptándose a su *modus operandi* y, de alguna manera, hasta controlándolo. Si el sistema capitalista fuera un sistema con defectos pero esencialmente justo y racional, su extraordinaria capacidad de supervivencia sería motivo de regocijo para todos nosotros y nos daría seguridad en más de un sentido. El problema es que desafortunadamente no es ese el caso. El sistema capitalista ha demostrado ser un modo de producir bienes y de repartirlos no sólo particularmente horroroso e injusto sino irracional, un sistema de vida que destruye todo en la medida en que adapta todo a su lógica propia o interna. Ni siquiera el clima está a salvo de su diabólico poder. Obviamente, hay procesos, estructuras, paradigmas con los que el sistema barre sin mayores problemas y otros que, por un sinnúmero de razones, lleva tiempo modificar, pero el punto sigue siendo válido: el sistema capitalista poco a poco va imprimiéndole a todo lo que está a su alcance su sello particular e inevitablemente nos arrastra en su vorágine de dizque innovación y perfeccionamiento constantes que a final de cuentas no es otra cosa que la creación de mercancías sustitutas para las que se acaban de producir. Para iluminar la temática, quisiera citar un breve párrafo de un texto clásico, permitiéndome una leve alteración que no modifica el contenido y sí lo adapta mejor a nuestros propósitos. Dicen los autores:

*El sistema **capitalista** ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.*

*Dondequiera que ha conquistado el poder, el sistema **capitalista** ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus “superiores naturales” las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel “pago al contado”. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la **única** y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación*

*velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.*

*El sistema **capitalista** ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.*

*El sistema **capitalista** ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares y las ha reducido a simples relaciones de dinero.<sup>1</sup>*

Debo decir que me siento plenamente convencido de la verdad de esto que acabo de transcribir y que tomaré como una especie de plataforma. Lo interesante para nosotros, sin embargo, es sacar a la luz lo que está implícito en ello o implicado por ello. Eso es lo que intentaré ahora pasar a hacer.

Desde la perspectiva que hago mía, un rasgo típico del modo de vida capitalista es efectivamente la transformación de **todo** en mercancía. Ahora bien, lo que resulta difícil lograr es aprehender el alcance de la partícula ‘todo’. Lo que yo pienso es que se tiene que tomar este ‘todo’ **literalmente**. Hay que entender que al sistema capitalista lo perpetúa el desarrollo ininterrumpido de las fuerzas productivas. Sólo así vive. Para nosotros, lo importante es percatarnos de que la lógica del sistema es tan fuerte y tan omniabarcadora que genera no sólo la producción sin fin (y a partir de cierto momento, sin sentido) de objetos de consumo inmediato (televisores, chocolates, carros, computadoras, sillas, lámparas, etc.), sino también la transformación en mercancía de lo que no es material, como ideales, relaciones personales, creación artística, vida animal y demás. Lo que se percibe sin problemas en el terreno de la producción material se reproduce, aunque de manera menos obvia, en todos los demás ámbitos de la vida social. Por ejemplo, los servicios médicos, que en tiempos de Hipócrates podrían haber sido una expresión de grandeza de alma, de interés genuino por lo demás y de valores nobles no es hoy más que un servicio que tiene que ser remunerado y en el que los objetivos superiores de la medicina quedaron para los juramentos de fin de estudios. Y, una vez más, lo que pasa con la medicina pasa con la educación, con la comida, con el deporte y así indefinidamente. Dicho de otro modo: en el modo de vida capitalista no puede haber reposo. Puede haber estabilidad, pero no reposo. En síntesis: el modo de vida capitalista es el sistema de vida caracterizado por la transmutación de todo en mercancía y por la producción incesante de mercancías.

Lo anterior, si es correcto, se aplica por igual a ideales, valores y modelos de toda índole: de belleza, de conducta, de corrección moral, etc. Cabe preguntar: ¿cómo es que se logra modificar patrones y esquemas de conducta, cómo se alteran

---

<sup>1</sup> K. Marx y F. Engels, *Manifiesto Comunista*.

valores y concepciones que por lo menos en algún momento se supuso que estaban firmemente establecidos, que eran definitivos? Una respuesta *prima facie* digna de ser tomada en cuenta es que es a través de un muy complejo proceso de creación incesante de nuevas necesidades y de nuevos satisfactores. Estos procesos en el caso de los objetos materiales son más que evidentes. Piénsese en, por ejemplos, zapatos. Hay una producción permanente de los mismos: nuevos modelos, nuevos colores, nuevas formas, nuevos materiales, etc. El ser humano, me parece a mí, no necesita estos excesos productivos, sobre todo cuando entendemos que es parte de la lógica del sistema que dichos excesos vengán acompañados de la falta de zapatos para millones de personas. Pero ¿cómo se explica la gigantesca producción de zapatos que se materializa día con día si ésta no responde a requerimientos humanos genuinos? Lo que pasa es que la producción de zapatos está vinculada con otras líneas de producción, como por ejemplo la producción de carne y con el hecho de que no se puede desperdiciar absolutamente nada de la mercancía llamada ‘res’, que es la que suministra cantidades inmensas de piel, de cuernos, de pezuñas, etc., las cuales no pueden no mercantilizarse. Es parte de la lógica del sistema utilizar para efectos comerciales a la res en su totalidad. Dado que la matanza cotidiana de animales es colosal, me parece que podríamos decir que se producen más zapatos diariamente que los que se compran. El mundo capitalista globalizado, como ya apunté, es el mundo de la producción permanente y el consumo total de mercancías. Todo es una mercancía: hasta el instrumento que sirve para adquirir mercancías, esto es, el dinero.

Podría argumentarse que no hay nada más normal que los cambios en la auto-percepción social y que dichos cambios no son peculiares del sistema capitalista. Considérese, por ejemplo, el ser niño, la idea que tenemos de lo que es un niño. Como es bien sabido, durante la Edad Media, cuando la gente difícilmente rebasaba los 35 o 40 años, un ser de nuestra especie dejaba de ser niño a los 6 o máximo 7 años, a partir de los cuales se convertía muy rápidamente en adulto, pues desde esa edad empezaba a trabajar, por lo que lo normal era que tuvieran hijos a los 13 o 14 años, etc. Es claro que ser niño en aquellas épocas no era lo mismo que ser niño ahora. Por lo tanto, no hay nada más normal que estos cambios de paradigmas generales concernientes a nosotros mismos y a nuestros puestos en la vida y en el cosmos. Cada sociedad, cada modo de producción tiene sus propias imágenes, concepciones, ideales y demás.

Yo creo que eso es innegable, pero sostengo también que ello no anula el punto de vista que hemos esbozado en el sentido de que, a diferencia de lo que sucede con sociedades más estáticas, en donde los paradigmas sociales son relativamente fijos, en la sociedad capitalista ese proceso de formación y sustitución de paradigmas y de esquemas e ideales de vida se da constantemente sin que el sistema mismo cambie. O sea, lo que deseo sostener es que esos procesos de “producción-consumo-desecho-producción-consumo...etc.”, que fácilmente

constatamos que valen para las (por así llamarlas) mercancías físicas, valen por igual, *mutatis mutandis*, para cosas abstractas como los son nuestros estereotipos culturales, nuestros canales sancionados de vida, los valores establecidos, impuestos y reconocidos socialmente, las auto-imágenes colectivas y demás. En particular, se aplican a nuestras imágenes e ideales de nuestros estereotipos de hombre y de mujer y del valor que les asignamos. Desde mi perspectiva, podemos afirmar que en la sociedad actual nuestros conceptos de mujer y de hombre son, digámoslo así, “flexibles” o “elásticos”, precisamente porque están todo el tiempo alterándose, modificándose y ello en función de fenómenos que tienen lugar en otros ámbitos de la vida social. Para ilustrar lo que digo, consideremos el caso de la mujer. Yo creo que nadie querrá objetar que durante toda la Edad Media, esto es, durante un periodo de unos 10 siglos más o menos, ser mujer fue básicamente lo mismo. Cuando el capitalismo surgió, sin embargo, la idea de mujer prácticamente de inmediato se alteró dando inicio a un proceso de cambio en nuestra concepción de la mujer que todavía no termina. El sistema capitalista se sigue modificando y ello implica que nuestra imagen de la mujer, para seguir con nuestro ejemplo, también se siga modificando. Para apreciar dicha evolución, recordemos rápidamente qué era ser mujer hace, digamos, 100 años. Una mujer era, fundamentalmente, un ser humano que satisfacía los siguientes criterios:

- a) ser naturalmente de género femenino
- b) ser potencialmente madre (incubadora natural)
- c) ser alimentadora natural de su descendencia
- d) tener como objetivo primordial ser ama de casa (mujer burguesa)
- e) aspirar quizá a ser un factor decorativo pero decisivo en la relación personal con el hombre
- f) ser un factor de plusvalía familiar (belleza, eficiencia, etc., subían el *status* de la familia)
- g) ser dependiente económicamente frente al hombre y, por ende, aceptar su sumisión frente al factótum económico familiar (*i.e.*, el hombre)
- h) ser una persona con un horizonte restringido en cuanto a desarrollo personal fuera del ámbito familiar
- i) llegar virgen al matrimonio, ser esencialmente fiel y probablemente, ser el bien máspreciado del hombre, objeto de adoración y pilar de la monogamia.

Yo creo que estas condiciones nos dan un perfil de la mujer que, aunque sin duda incompleto, de todos modos es fidedigno. Por otra parte, difícilmente podría negarse que ser mujer en la actualidad es algo que guarda sólo alguna pálida semejanza con lo que era antes serlo. En la actualidad, ser mujer es otra cosa ya que la mujer:

- a) no necesariamente quiere ser madre
- b) puede convertirse en madre a través de diversas modalidades (métodos naturales, inseminación artificial, maternidad surrogada, etc.)
- b) no necesariamente alimentar ella misma a su descendencia
- c) no necesariamente le interesa o atrae el rol de ama de casa
- d) es un ser con ingresos propios y por lo tanto en principio independiente frente al hombre
- e) es alguien que aspira en primer lugar cada vez más a su desarrollo personal
- f) es miembro de una sociedad que en principio le confiere los mismos derechos y las mismas obligaciones que al hombre.
- g) no necesariamente llega virgen al matrimonio ni es para ella la fidelidad un valor absolutamente irrenunciable.

Podríamos, a no dudarlo, alargar nuestra lista de rasgos típicos de lo que es ser mujer en la actualidad, pero me parece que el punto está suficientemente bien establecido: se produjeron cambios en la dimensión económica de la vida, el desarrollo científico y tecnológico impactó fuertemente en la vida reproductiva de las personas modificando radicalmente su situación (digamos que sentó las bases para la posibilidad de alterar su “naturalidad”), se reforzaron ciertas visiones políticas y el resultado fue que los criterios de identificación de la mujer cambiaron drásticamente. Ahora ser mujer es otra cosa que lo que durante siglos había venido siendo, incluyendo periodos importante del sistema capitalista mismo. Pero el cambio no termina en lo que hemos dicho, porque por si fuera poco en la actualidad una persona del sexo femenino se puede operar y puede convertirse **orgánicamente** en un varón. Esta posibilidad no habría podido ser ni concebida como algo fantástico hace unos 50 años, no digamos ya hace un par de siglos. Yo creo entonces que podemos concluir con toda confianza que no era lo mismo ser mujer antes que ser mujer ahora. Hay un cambio radical en lo que sería la identidad femenina. El paradigma de mujer se alteró y no superficialmente.

Huelga decir que lo que hemos dicho se aplica por igual a la noción de masculinidad o de “ser hombre”. Es obvio que al igual que los casos mencionados de niño y mujer, el sistema propicia, yo diría a ciegas, cambios permanentes en las listas de criterios de lo que es la masculinidad. O sea, también en relación con el hombre el sistema capitalista mueve a diario lo que permaneció fijo durante milenios. Al hablar de masculinidad no debería pensarse que pretendemos hablar de manera puramente abstracta. Lo que estamos preguntando es tan simple como esto: ¿qué es hoy por hoy ser hombre? Al igual que en el caso de la mujer, para elaborar un esbozo de respuesta a esta pregunta, no estará de más hacer un veloz recordatorio de lo que solía ser hombre antes a fin de contrastarlo con lo que ahora es razonable pensar que el hombre **es**.

Para empezar, creo que habría que decir que el cambio sufrido por nuestro concepto de masculinidad es de los más brutales de los que hasta ahora se han producido. Yo creo que quienes pertenecen a mi generación o a generaciones anteriores, coincidirán en que lo que es ser hombre hoy habría resultado sencillamente inconcebible hasta hace unas cuantas décadas. Me parece que se pueden contrastar los dos modelos de masculinidad de manera que podamos apreciar fácilmente las modificaciones.

ANTES	AHORA
valiente	no necesariamente
no llorón	no necesariamente
responsable	no particularmente
parte activa en el sexo	no necesariamente
trabajador	no necesariamente
proveedor	no necesariamente
educador	no necesariamente
padre y dador del primer apellido	no necesariamente
procreador	procreador con variantes (bancos de semen, operaciones, etc.)
buscador, conquistador de mujeres	no necesariamente

Si lo que aquí indicamos es acertado, nadie podría negar que la modificación que se ha producido respecto a lo que es ser hombre es no sólo notoria, sino profunda. Ahora bien, lo importante en relación con esto es entender que cambios en los modos de identificar grupos humanos pueden en ocasiones responder a consensos racionalmente adoptados, acuerdos conscientes, votaciones, etc., pero en muchísimos casos, probablemente en la mayoría, simplemente se van dando y lo que los actores sociales van proporcionando cuando se discurre sobre ellos son simplemente las racionalizaciones a las que tienen alcance, justificaciones *ex-post facto* de lo que ya está dado y cosas por el estilo. Argumentaré más abajo que las más de las veces ese precisamente es el caso obvio de la homosexualidad y del lesbianismo y más en general de lo que podríamos llamar la ‘transexualidad’. En realidad, cambios de estas magnitudes no se planean sino que más bien, yo diría, se resienten. Por un complejo proceso social se van modificando nuestros esquemas y la gente poco a poco los va asimilando y se va adaptando a ellos. No obstante, también puede suceder que la gente deje de insubordinarse frente a los cambios pero que en el fondo no los acepte. Eso es lo que pasa cuando las modificaciones en los esquemas sociales violentan demasiado o entran en conflicto con otros que están operando. Es debatible si esto último está ejemplificado en el caso de la homosexualidad o no.

Es obvio, creo, que la fase suprema en el tortuoso proceso de alteración de la identidad sexual lo representa la operación de cambio de sexo. En relación con ésta, lo que quisiera hacer es inquirir rápidamente sobre cómo es que una operación se volvió una mercancía más, con todo lo que eso entraña, es decir, cómo fue que esa clase particular de intervención quirúrgica que convierte a una persona del género masculino en una del género femenino (o a la inversa) se convirtió en algo no sólo asequible, sino **deseable**. La cuestión me parece importante porque al buscar las condiciones necesarias de existencia de dicha clase de operaciones contribuimos al mismo tiempo a responder a la pregunta por los cambios de paradigmas culturales. Es evidente que para que una operación de cambio de sexo se volviera factible era indispensable que se conjugaran diversos factores de muy variada naturaleza. Yo pienso que en principio se puede elaborar una lista de dichos factores y deseo sostener que cada uno de los que voy a mencionar constituye una condición necesaria más no suficiente para que la operación de cambio de sexo se volviera una mercancía más. Se vuelven suficientes cuando se conjugan. ¿Cuáles, pues, son dichos “factores”?

Pienso que está en primer lugar un hecho de orden económico, que se da de forma todavía un tanto dispareja, pero que ciertamente es un fenómeno masivo, a saber, que en múltiples ámbitos de trabajo da exactamente lo mismo ser hombre que ser mujer. Es porque en el fondo no importa que sea una mano masculina o una mano femenina la que mueve tal o cual palanca, la que gira tal o cual perilla, la que paga con tal o cual cheque, que desde el punto de vista del trabajo asalariado hombre y mujer se convierten en más o menos lo mismo. Es porque a final de cuentas cuestan lo mismo como trabajadores (si bien habría que matizar esto último por razones más bien obvias, pero en las que no tenemos para qué entrar) que en principio en otros planos de la vida también **pueden** ser “equivalentes”. O sea, sería incomprensible que la uniformización económica y laboral no tuviera ninguna clase de repercusiones en otros planos de nuestro sistema de vida. Ahora bien, aunque es claro que este dato económico abre un abanico de posibilidades de cambio de todos modos por sí solo no determina nada. Aquí es donde intervienen otros factores que, como argumentaré, son decisivos para la selección de ciertos modelos en detrimento de otros que también son **posibles**. La realidad económica simplemente conforma una especie de marco general dentro del cual se van dando los demás fenómenos y procesos, pero sin el cual éstos serían sencillamente inasequibles.

Un segundo factor indispensable lo constituyen obviamente el conocimiento científico y el avance tecnológico. Es evidente que sin los avances realizados en el campo de la medicina la operación de la que hablamos no sería realizable, pero en todo caso es muy importante entender que es hasta infantil pensar que los meros resultados científicos podrían por sí solos convertir una posibilidad de intervención médica en una mercancía. El valor social de la posibilidad médica aparece sólo cuando el logro científico se convierte en producto de compra y venta en hospitales,

cuando entra a un mercado y que multitud de gente lo adquiere o está dispuesta a pagar para aprovecharla o beneficiarse con ella. Mientras eso no pase, la posibilidad médica no pasa de ser un simple hecho de laboratorio. Y, de nuevo, ni realidades económicas ni conocimiento científico con su correspondiente tecnología tomados conjuntamente podrían bastar para hacer que una persona deseara cambiar de sexo y estuviera dispuesta a pagar por ello. Falta todavía un elemento fundamental. Me refiero a la ideología prevaleciente. Sin una atmósfera *ad hoc* para ello, el que ciertos objetivos sean factualmente alcanzables no basta para motivar a la gente para que intente alcanzarlos. Pero ¿cuál es esta ideología que opera como impulso para que un individuo de nuestra sociedad no sólo se sienta atraído por un cambio de sexo, sino que reivindique el derecho a hacerlo?

En mi opinión, son dos los elementos ideológicos que respaldan al individuo en sus aspiraciones transgénicas. El primero es el individualismo radical, propio del sistema capitalista. Si hay algo que el capitalismo erigió en divinidad ese algo es el individuo y sus prerrogativas, el átomo social y sus derechos. Con la exaltación del individuo se acabaron las obligaciones patrióticas, los vínculos familiares, los nexos religiosos y cosas por el estilo. Y justamente para balancear un poder estatal cada vez más omnipresente, cada vez más aplastante se desarrolló la ideología de los derechos humanos, una ideología que sirve ante todo para fijar los límites de la intervención estatal en la vida del individuo. Podemos preguntar ahora: ¿con estos tres elementos que hemos mencionado, a saber, la uniformización del trabajo, los avances de la ciencia y la tecnología y la ideología individualista y de derechos humanos estamos en posición de explicar el fenómeno actual, un fenómeno de deslizamiento de la masculinidad hacia la feminidad y de la feminidad hacia la masculinidad? Mi respuesta es: casi, pero no todavía. Voy a tratar en unas cuantas líneas de explicar qué falta para completar nuestro cuadro.

Lo que a mi modo de ver nos está faltando para completar el cuadro son los agentes que operan dentro del marco general delineado en lo que podríamos llamar la ‘dimensión política’. Habría que empezar por reconocer que el sistema capitalista, **dentro** de su marco básico y que es esencialmente de carácter económico, es sumamente liberal o elástico. Mientras no se alteren las reglas básicas de propiedad y todo lo que de ellas se deriva, el sistema capitalista permite múltiples opciones de elección y de vida, posibilidades abiertas por la ciencia y la ideología. Pero, y esta es la pregunta crucial: ¿por qué entonces se da en el modo de vida actual, que es el del capitalismo globalizado, en su etapa de capital financiero, esta *prima facie* turbia orientación hacia la homosexualidad y hacia el lesbianismo? Yo creo que la respuesta apunta en tres direcciones diferentes, es decir, hay por lo menos tres factores que son decisivos para entender el triunfo de lo que en otro momento, en otras sociedades habría sido visto como una aberración colectiva merecedora, como Sodoma, del castigo de Dios. ¿Cuáles son estos factores?

Sin duda alguna, una consecuencia obvia del dato económico mencionado más arriba concerniente a la fuerte tendencia hacia la uniformización en los procesos de trabajo es la tendencia hacia la uniformización legal. Esta tendencia tuvo y sigue teniendo efectos nada desdeñables. ¿Por qué razón? Porque las nuevas legislaciones, al sancionar la uniformización laboral, inevitablemente introdujeron un nuevo equilibrio en las relaciones jurídicas entre hombre y mujer. Lo que esto significa es que de hecho el hombre por procesos objetivos ha ido perdiendo poco a poco prerrogativas frente a la mujer y, esta es la otra cara de la moneda, al irse liberando legalmente del yugo masculino, la mujer ha ido adquiriendo derechos e imponiéndose en muchos terrenos al hombre. Así, se pasó de la obtención del derecho al voto a la posibilidad de divorciarse (esto es, de repudiar a su marido), de demandarlo, de quitarle los hijos, etc. Es innegable que este cambio, operado en unos cuantos lustros, debilitó al hombre en su relación con la mujer. De nuevo, tenemos aquí un factor que es necesario más no suficiente para explicar el fenómeno que nos ocupa. Echémosle un vistazo a los restantes.

Un segundo factor importante fue, me parece a mí, la mercantilización del sexo. La genética y la industria farmacéutica propiciaron un cambio brutal en el universo de la sexualidad con todas las técnicas, pastillas, tratamientos y demás que inundaron el mercado de la vida sexual. Yo creo que esto llevó a una cierta saturación de las relaciones sexuales entre hombre y mujer. Si hay a la mano tanto hombres como mujeres y las mujeres presentan cada vez más dificultades, más retos, más competencia, etc., resulta a menudo más fácil acercarse a seres del mismo sexo. Sin embargo, yo diría que todavía con estos dos factores el fenómeno masivo de la expansión de la homosexualidad quedaría sin explicación. Yo creo, por ello, que hay un tercer factor, de primerísima importancia, el más decisivo quizá y es el siguiente: por razones que habría que dilucidar, lo cierto es que parecería que hay poderosísimos grupos interesados en la promoción de la homosexualidad y el lesbianismo. Lo más probable es que acerca de las razones que puede haber detrás de las acciones de grupos así lo más que podamos hacer sea especular, hipotetizar, elucubrar, porque nos movemos en un terreno en el que una de las reglas del juego es que éstas son oscuras, a primera vista incomprensibles, hasta absurdas. Por ejemplo, podría pensarse que hay grupos de poder seriamente preocupados por la sobrepoblación mundial y que ven en la promoción de la homosexualidad un freno o un mecanismo de control de la natalidad a nivel mundial. Sin embargo, a pesar de su natural oscuridad, hay de todos modos grupos, relativamente fáciles de identificar, que parecen estar empeñados en impulsar nuevas preferencias sexuales. Por ejemplo, un centro poderosísimo que influye de manera abierta en favor de la homosexualidad, que la promueve a los cuatro vientos y que es sumamente efectivo en ello es Hollywood, con todo lo que éste acarrea: películas, videos, programas de televisión, entrevistas, reality-shows, concursos, premios, etc. Por qué desde el centro mundial del entretenimiento, por lo menos del mundo occidental, se

promueve con tanto ahínco la transexualidad es algo sobre lo que, como dije, se puede especular, pero no es algo en lo que entraré en esta ocasión.

Quizá debamos ahora hacer un alto y presentar de manera sucinta el panorama que a grandes brochazos hemos venido delineando. Lo que yo he sostenido es que el marco explicativo fundamental lo proporciona la economía, en el sentido de que ésta nos da los mecanismos de reproducción de la vida material, a partir de la cual se van acomodando y explicando los diferentes ámbitos de vida así como nuestros esquemas y estereotipos culturales, en un sentido amplio de la expresión. Sobre la base de los mecanismos fundamentales de la vida económica se erigen la ciencia y la ideología prevalecientes, sin las cuales la vida del individuo sencillamente no se entiende. Obviamente, esta estructura estratificada no da lugar a fáciles explicaciones de orden causal. La economía no “causa” el conocimiento científico; simplemente, lo vuelve posible y ya son los científicos quienes se encargan de desarrollarlo. Con este todo conformado por la economía, la ciencia y la ideología, incluyendo desde luego el derecho, entran en juego individualidades, grupos de poder, gobiernos, Iglesias, etc., los cuales luchan por imponer sus intereses y sus perspectivas. Y hasta arriba, en la cúpula está el individuo que vive su existencia dentro de un universo que él no formó, del cual no puede salir y sólo dentro del cual puede tener objetivos, deseos, creencias y demás. Este es nuestro cuadro. Lo que tenemos que preguntarnos ahora es si este cuadro efectivamente permite dar cuenta de los fenómenos sociales de cambio en la identificación de lo masculino y lo femenino y de una tendencia hacia la supresión o manipulación arbitraria de lo que se suponía que era una realidad natural inalterable.

Tal vez debamos empezar por señalar que podemos enfrentar diversas clases de explicación, dependiendo de los diversos niveles de abstracción en los que nos ubiquemos. Por ejemplo, cuando un individuo explica por qué optó por la homosexualidad como su forma de realizarse sexualmente lo que hace es darnos sus razones, esto es, hace explícitas las motivaciones que subyacen a su decisión y eso es hasta cierto punto legítimo. ¿Por qué sólo hasta cierto punto? Porque dichas aclaraciones se vuelven significativas sólo porque se **presupone** que el sujeto actúa dentro de un marco objetivo de vida, totalmente independiente de él, previamente establecido y dentro del cual él toma sus decisiones. Ahora bien, sus explicaciones son siempre personales, es decir, las razones que él pueda ofrecer no sirven para explicar la **práctica social correspondiente**, el fenómeno social mismo. De lo que él puede hasta cierto punto dar cuenta es de sus propias acciones, pero lo que en general no se ve es que sus decisiones y elecciones están en cierto sentido predeterminadas, en el sentido de que se dan dentro de un marco que fue fijado para él por los factores ya mencionados. Sus explicaciones, por consiguiente, adquieren más bien el *status* de racionalizaciones. Él desde luego que es libre de optar por lo que quiera o crea querer, pero sólo en el marco de lo que las fuerzas objetivas sociales por una parte le permiten y por la otra a lo que lo inducen. Dicho de otro

modo, si el sujeto en cuestión cree que está ofreciendo razones perfectamente objetivas para justificar su supuestamente natural preferencia sexual por un ser de su mismo sexo, lo menos que podemos decir es que muy probablemente esté intelectualmente hipnotizado, es decir, que no se percata de hasta qué punto está siendo manipulado. Aquí se da un auto-engaño particular sobre la base de uno colectivo.

¿Por qué pensamos que el fenómeno social de aumento en la homosexualidad es en efecto en gran medida un fenómeno básicamente inducido? Yo creo que hay muchos indicios de ello, a algunos de los cuales ya aludí, pero creo que hay otros que refuerzan con potencia este punto de vista. El primero y más importante me parece ser que el trasfondo social y la manipulación ideológica lograron desbancar lo que a primera vista habría sido imposible de lograr, esto es, desviar el decurso de la naturaleza. Por ejemplo, la agricultura y la ganadería son el resultado del control de la naturaleza por parte del hombre, pero si se puede controlar la naturaleza y modificar genéticamente los alimentos ¿por qué no sería posible modificar los instintos sexuales del ser humano? La respuesta es: claro que se puede. De ahí que la dimensión biológica misma de los seres humanos ya no resulte ser la más básica, puesto que ahora se le puede subordinar a la dimensión “económico-científico-político-comercial” de la vida humana. Para que nos entendamos: lo que estoy afirmando es que se logró construir una plataforma más fundamental que la biológica para caracterizar la femineidad y la masculinidad. Esto último dejó de ser un asunto de biología, es decir, natural, puesto que ahora si alguien quiere cambiar de sexo puede hacerlo. No hay en principio obstáculo para ello. Lo único que necesita el individuo es disponer del dinero suficiente para su transformación genérica. Dicho de manera un tanto gruesa, podemos afirmar que los conceptos de femineidad y masculinidad pasaron de ser fundamentalmente biológicos a ser eminentemente culturales. Obviamente, al igual que con la desforestación brutal del planeta, lo que no está todavía del todo claro son el grado del daño ocasionado a la naturaleza y las consecuencias que habrá que pagar por ello.

Tan está el mundo actual viviendo un conflicto sin entender realmente cuáles son sus fuentes y sus múltiples causas que con lo que nos topamos es con un choque entre, por un lado, los patrones culturales que se intenta a toda costa imponer y, por el otro, la reacción de la gente. Por más que se intenta forzar a la gente a que reconozca la libertad de preferencia sexual, lo cierto es que (permitiéndome generalizar sobre un caso que conozco, pero creo que el fenómeno es el mismo en casi todas partes) el 80% de la población, por lo menos, no tiene dudas sobre sus inclinaciones heterosexuales y rechazan, a su manera y como pueden, las decisiones de la dictadura de los *mass media*, nacionales e internacionales. Ser hombre y ser mujer ya no es algo determinado por el mundo natural y caracterizado por la biología, sino determinado histórica y culturalmente.

Se sigue de lo que hemos venido afirmando que no disponemos ya de conceptos nítidos de hombre y mujer, de masculinidad y de femineidad. Nuestro modo de vida, que es en lo esencial el mismo en todo el mundo más o menos desarrollado (no hablo de tribus, selvas, etc.), borra o hace borrosas distinciones que otrora estaban perfectamente bien delimitadas. Eso no es un asunto de especulación racional, sino algo que se puede constatar en todo momento. Por ejemplo, muchos de los que eran rasgos típicos y de las conductas características de las mujeres fueron asimilados en o por la masculinidad, pero la inversa también vale: muchas características humanas que pasaban por ser esencialmente masculinas fueron absorbidas por las mujeres, sobre todo las que tienen que ver con el trabajo o emanan de él. En nuestros días es común ver a un hombre cambiar pañales, ocuparse de las faenas de la casa, cocinar, etc., así como el tristemente célebre fenómeno del “bullying”, que no tiene nada de nuevo, se convirtió también en un fenómeno femenino lo cual, tomando como parámetro las concepciones de nuestros ancestros, es obviamente una manifestación palpable de masculinización de la mujer. Si a eso le añadimos el fútbol, la lucha libre, el narcomenudeo, el trabajo policiaco, etc., tendremos que constatar que a un millón y medio de años de su aparición lo masculino y lo femenino tienden a converger y a fundirse.

Si hay algo que la historia nos enseña a no hacer es pretender predecir el futuro humano al modo como se puede sin mayores problemas predecir la trayectoria de un cometa. Para terminar, sin embargo, quiero aventurar dos hipótesis, de corto alcance y reconozco de entrada un tanto vagas e imprecisas. Por una parte, creo que la tendencia es evolucionar en la dirección de la uniformización de los sexos y, por consiguiente, en el triunfo de lo que podríamos llamar ‘lo unisex’: no sólo misma ropa, mismos juegos, mismos trabajos, misma educación, mismos gustos, etc., sino también preferencia sexual por personas del mismo sexo. Hasta dónde se llegará en esta evolución no tengo idea, pero lo que sí sé es que ya se llegó sumamente lejos en esa dirección. Y mi segunda hipótesis es que habrá que esperar una respuesta negativa por parte de la naturaleza. Así como si se talan árboles junto a ríos después se producen inundaciones que arrasan con poblaciones enteras o se generan tormentas de las que no se tenía idea, así también creo yo que la violencia ejercida en contra de lo que es la sexualidad natural por parte de los manipuladores de la cultura acarrearán, tarde o temprano, graves conflictos, trastornos y problemas que en la actualidad ni siquiera estamos en posición de imaginar. Y es plausible pensar que será sólo cuando algo dramático suceda que los humanos regresarán a sus categorías tradicionales de masculinidad y femineidad con la consigna de no volver nunca más a ponerlas en entredicho.